

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 9 Julio 1914.-Número 28.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas tri-nestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago ade-lantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán de-recho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Preludio simpático

Durante la última semana han ocu-rrido en Madrid sucesos que debie-ron arrancar una protesta enérgica á todos los fervientes partidarios de los sacrosantos principios el *orden y la propiedad*, y sin embargo, no fué así. Por mi parte confieso que he sentido más bien deseos de aplaudir que de indignarme. ¡Hacía tanto tiempo que no veía nada parecido!

Niños, mujeres y hombres en la calle gritando entre alegres y furio-sos frente á las tahonas, porque ha-bían subido injustificadamente el pan...

Algunos entrando en algunas y anexionándose modestamente pane-cillos, como Francia y España terri-torios en Marruecos, con el adita-mento de algún que otro puñado de vil metal y hasta varios jamones en buen uso...

Las gentes asomadas á los balco-nes presenciándolo regocijadas sin que una palabra de protesta retum-base en el espacio...

Todo esto me producía una delec-tación demagógica que en vano pro-curaba aminorar diciéndome que aquello no era legal precisamente, que olía á perturbación, que casi pa-recía un motín de pocas pretensio-nes...

Y no era esto lo peor, sino que mientras más pensaba en el asunto, más contento me ponía, sin dejar por esto de comprender que á los taho-neros no debía de hacerles mucha

gracia que les arrebatasen en un cuarto de hora lo que ellos habían tenido que ir robando poco á poco, con una paciencia y una constancia admirables.

No, no debía gustarles aquello. Haberse llevado años y años mer-mando el peso del pan, y dejándolo á medio cocer para que pareciera que tenía el peso justo, sin otro propósi-to que el de reunir honradamente un capitalito que les garantizase la tranquilidad en la vejez, y verse ex-puestos á perderlo todo en unos mi-nutos...

Esto, no digo ya á los panaderos; ni á los carboneros, ni á los frute-ros, ni á los carniceros, ni á los pes-caderos, ni á cuantos encomiendan á la balanza ó á la medida el cuida-do de enriquecerlos, les hubiera agradado tampoco. La costumbre hace ley, y ellos llevan muchos años de ejercitar concienzudamente la del robo, para no haber llegado á creer que es la única ley por que de-ben regirse.

Si los otros, esto es, los niños, los mujeres y los hombres del pueblo tuvieran la costumbre de echarse á la calle con frecuencia, ejercitando el sagrado derecho á la vida que, según he oído decir alguna vez, tie-nen todos los mortales, no se habrían visto ahora compelidos á realizar ciertos actos violentos para que ese derecho les fuera reconocido por todos los honorables ladrones que se lo niegan. Por esto debemos alen-tarlos sin cesar para que lo ejerciten á menudo, á fin de que vayan adqui-riendo mayores facilidades de eje-cución, sin fijarnos mucho en los ex-cesillos que la inexperiencia les ha-ga cometer.

La práctica hace maestros; y así como los tahoneros y demás devo-tos de Caco logran enriquecerse practicando diariamente el robo, las turbas robadas conseguirán acos-tumbrarse también á ejercitar el de-recho de manifestación, sin que la más pequeña nube empañe el cielo purísimo de la legalidad.

Pero veo que me he remontado mucho, al cielo nada menos, cuando mi objeto al comenzar estos renglo-nes era únicamente hacer constar:

Que he pasado muy buenos ratos viendo ó leyendo lo que ha ocurrido estos días.

Y que me ha hecho muchísima gra-cia saber que algunos señores que no son panaderos, ni ejercen oficio

que se preste á imitar sus mañas *afa-natorias*, se han indignado porque las turbas robadas constantemente, no aprovecharon la ocasión de la subida del pan para ir á pedir per-dón á los tahoneros por haberles prestado tan señalado favor.

De todas las ridiculeces que pueda cometer un ciudadano, ninguna tan grande como la de enfadarse porque alguna vez que otra se aplique la ley del Talión á los ladrones consuetu-dinarios.

JOSÉ NAKENS

Los librepensadores belgas

La Federación belga de las Socie-dades del Librepensamiento ha pu-blicado la hoja siguiente:

«Una taifa de danzantes españoles ha manifestado su intención de ve-nir á dar un paso solemne cerca del Gobierno belga, ejerciendo sobre él presión para que haga desaparecer el monumento Ferrer, erigido en Bruselas.

Para concebir una idea tan absurda es fuerza que esas gentes no cono-zcan el temperamento del pueblo bel-ga. Por mala que sea nuestra opi-nión del Gobierno, no le creemos capaz de la torpeza de ceder á seme-jante imposición: además, se despe-ñaría ante el movimiento general de indignación que tal abdicacion suscitara.

En cuanto á los danzantes precita-do, muy de veras les aconsejamos que, por su interés, renuncien al proyecto. No les deseamos mal nin-guno, puesto que su estupidez va en favor de nuestra causa; pero teme-mos fundadamente que la población no les haga un recibimiento muy ca-riñoso.

Por la Federación belga; El secre-tario general, Lucien Verttonge; el secretario-tesorero, L. Van Brussel; los secretarios J. Robyn, E. Daanson y A. Bogaerts; los miembros Mme. Mélanie Jaanssens. Emile Bayot. Engéne Hins, M. Exsteens, A. Ale-xander, E. Chapelier, Cherbaut y Montois.

¡Pero que bien conocen los belgas á los mamarrachos reaccionarios que hacen exportación del «Maura, sí!»

No irán, ¿qué han de ir?; mas por si el afán de distinguirse impulsara á algún majadero, aconsejole que

vaya bien provisto de árnica y de jabón: la primera para aplicarla á los probables chichones de la calabaza, y el segundo para adecentar un poco la prenda interior que se abrocha en la cintura.

Hombre prevenido puede correr más decidido.

Por ser periodista

¿La ley de Jurisdicciones, el Código Penal, ó qué?

Cartagena

El Consejo de Guerra me ha condenado á la pena de ocho meses y dos días de arresto mayor, por dos supuestos delitos de injurias en la Prensa: cuatro meses y un día por cada uno.

Se me procesó por la ley de Jurisdicciones, y no hallándose modo hábil, en justicia, de condenarme por esa ley, fueron á buscar la represión en el Código Penal ordinario, y fui condenado con arreglo al art. 269 del mismo.

He de manifestar algo que mi impericia no se explica: ¿por qué, no pudiendo condenarme por la ley de Jurisdicciones, se me aplica el Código Penal? ¿Por qué no se declaró incompetente el Tribunal militar, puesto que ni aun siendo tan rigurosa la nefasta ley de Jurisdicciones, no ha habido medio legal de aplicármela? ¿Qué sino fatal me persigue? ¿Llegará mi voz al ministro Echagüe y al Supremo de Guerra y Marina?

Como aún tengo seis procesos encima, y pesa además sobre mí una condena de destierro, á instancia de un cacique, sentencia dictada por un Tribunal cuyo presidente era incompatible, según el artículo 117 de la ley Orgánica del Poder Judicial, reclamo el apoyo de la prensa liberal y democrática, de la Liga de los Derechos del Hombre, y, sobre todo, de la Asociación de la Prensa de Madrid, porque tres años de persecuciones cruentas me tienen quebrantado y enfermo; y si ese estado de cosas continúa, estoy dispuesto á nacionalizarme en donde quiera que los derechos individuales no sean un cuento tío, y la justicia, un ave rara.

Como me han juzgado militarmente por un caso, á mi entender, puramente civil, protesto de la medida y entablo recurso de casación por infracción de ley, ante el Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

JOAQUÍN JUST
(Director de *La Justicia*)

Nota.—El asesor de mi causa fué el teniente auditor D. Pablo María Siches, que tomó parte activa en los Consejos de Guerra originados por

la Semana Trágica, y, según me dicen, tiene el honor de pertenecer á la *Defensa Social*. Que sea por muchos años.

Romance de lobos

Vino una noche en que el viejo pastor murió.

Y el rebaño quedó sin custodio, sin guía.

En seguida, los lobos que rondaban siempre en torno de la cabaña «c'os ollos acesos», con las fauces rugientes, se precipitaron sobre el ganado indefenso, sobre las ovejas huérfanas, é hicieron en el rebaño una horrible carnicería.

La pobre grey quedó diezmada en el estrago.

Pero los lobos no se conformaron con aquella hecatombe, con aquella espantosa matanza. Vieron llegado el momento de asegurar á sus dientes una eterna presa, y abandonando sus manidas y las asperezas de los montes se establecieron en la cabaña.

Los corderos, locos de terror, se apelotonaban en los rincones del establo.

Los lobos iban y venían gruñendo, amenazando siempre con el ronquido de sus gargantas coléricas. Su ferocidad cada día hacía nuevas víctimas. Por sus pupilas febriles pasaba constantemente una visión de exterminio. En las uñas de las garras y en las comisuras de los labios tenían siempre coágulos de sangre.

Las ovejas estaban consternadas. No había duda: los lobos se habían metido en el redil para acabar con el ganado. ¡Pobre pueblo oprimido!

Para tener completamente subyugado al rebaño y para explotarlo mejor y devorarlo con más comodidad, los lobos se habían organizado jerárquicamente. Habían elegido un rey. Habían nombrado un consejo. Habían establecido un servicio de gendarmería y de vigilancia. No hay que decir que el rey, los consejeros y los gendarmes eran las bestias más crueles y más sanguinarias de la manada.

Sobre todo el rey era insaciable: necesitaba en cada festín doble ración de carne que los demás.

Los nitisimos corderos miraban con horror á sus dominadores, á sus tiranos. Pero no sabían cómo deshacerse de ellos. No quedaba más remedio: había que morir.

Unos cuantos carneros, que no se resignaban á perecer, se reunieron en un rincón del ovil para deliberar sobre la marcha de los negocios comunes. Todos convinieron en que éstos iban mal, en que el establo se estaba quedando sin población, en que la voracidad de los lobos iba á

dejar en cuadro el rebaño. Pero ¿qué hacer?

—Yo esperaré, vista la imposibilidad de libertarnos del yugo que nos aplasta—dijo uno de los reunidos—á que muriera el rey de los lobos. Aunque es muy joven, su fin es inminente. Los vicios han quebrantado su salud. De un momento á otro, el diablo se lo llevará al infierno.

—Demasiado vivirá—repuso otro de los circunstantes.—No podemos aguardar á que desaparezca, porque se está quedando sin cabezas el rebaño, y nos hace falta un remedio urgente. Además, que la loba que comparte su cama, cada año le pare un lobezno, y...

—Yo asesinaré al rey de los lobos—dijo interrumpiendo bruscamente al que hablaba un carnero de cuernos retorcidos.—Mañana cuando pasee por medio del corral, le pegaré una cornada y lo despanzuraré.

—No ganaremos nada con eso—replicó otro contertulio.—En lugar del rey que tú mates, pondrán otro peor, y los lobos continuarán destrozándonos. Es necesario exterminar toda la lobada. Es preciso que no quede vivo un enemigo nuestro. Para lograr este ideal, se me ha ocurrido un plan revolucionario que os voy á exponer brevemente. Esta noche, cuando nuestros opresores, borrachos de lujuria y de sangre, duerman en los brazos de sus coimas, hacemos salir silenciosamente del establo á nuestras familias, atrancamos luego la puerta por fuera, y le pegamos fuego á la cabaña.

Un bravo entusiasta y unánime rubricó estas palabras.

Al día siguiente, el redil era una inmensa pira. Los corderos celebraban la fiesta de su liberación, bailando en torno de las últimas llamas del incendio y meando sobre las cenizas de sus tiranos.

ANGEL SAMBLANCAT

IDEAS SUELTAS

No concibo que se deje una creencia religiosa para tomar otra; judío ó cristiano, mahometano ó budhista, el hombre debe seguir la religión que le impusieron, ó separarse de ella para no tener ninguna. Esto es siempre honrado; aquélla, pocas veces.

La mayoría de los que mudan de religión como de camisa, son unos buscavidas ó buscarruidos que jamás creyeron en ninguna.

Nada encuentro tan lógico como el que los bribones sean religiosos.

Descontentos de sí mismos, necesitan creer en un Dios que perdona

para tener alguna remota esperanza de salvarse.

El honrado no tiene para qué preocuparse de nada de eso. Si existiese realmente otra vida, sabe que entrará en ella por derecho propio.

¿Cual es el principal secreto de las donaciones que se hacen á la Iglesia?

En la mayoría de los casos el temor al infierno que les entra á los ladrones y á las prostitutas cuando éstas no pueden ya explotar sus encantos ni aquéllos disfrutar del fruto de sus rapiñas.

Cuando en una fiesta religiosa, procesión, peregrinación ó romería resultan muertos y heridos, ¿qué debemos pensar?

— Que el espíritu de vino es más potente que el divino, ó que nada predispone tanto al hombre contra su prójimo como creer que está bien con Dios.

Dicen los curas que el negocio más importante es el de la salvación.

Para ellos, indudablemente; como que es el origen de todos los demás que explotan.

El día que el hombre no se preocupe de más vida que la de aquí, las religiones pasarán á la Historia.

No soy anticatólico; soy antirreligioso. Y si ataco casi exclusivamente al catolicismo, es porque las demás religiones no me molestan en España.

Hay un medio de que amaine un poco en mis ataques á los curas: que se encierren en sus templos, no interviniendo para nada en la vida pública. Y que á nadie se le obligue á pagar un culto en que no crea.

Y que allá se las entiendan con ellos los creyentes, ó aquellos á quienes convenga aparentar que lo son.

Cada vez que se habla de que los curas vivan de su profesión como los míseros mortales, adquiriendo así lo que hoy no tienen, independencia y dignidad, hay que ver lo furiosos que se ponen.

No lo entiendo. Si todo el país es católico como dicen, nada deben temer: él subvendrá con exceso á sus necesidades.

Además, si cuentan con Dios, ¿qué les importa no cobrar del Estado?

Casi todos los que no creen en religión alguna son honrados; hay en cambio muchos que creen en ella y no lo son. ¿Cómo se explica esto?

De este modo: los que se ven exhaustos de condiciones morales, necesitan una religión cualquiera para aparentar que las tienen.

¿Qué es un santo en todas las religiones?

Alguien ha dicho que es un hombre que reza, ayuna, se atormenta y huye del mundo.

Me felicito, pues, de que ya no los haya.

Calcúlese lo que sería una sociedad compuesta exclusivamente de santos, dedicados á tan útiles y provechosas ocupaciones.

Las compañías del gas y de la electricidad nada me cobran si no les pido luz; ¿por qué han de sacarme los gobiernos dinero para la Iglesia, si yo no le pido al clero la de la fe?

Claro que me lo sacan indirectamente, pues de otra manera no habría medio: pero así y todo, sospecho que se abusa un poquito de la desgracia que me cupo al nacer en un país católico.

Equidad, gobiernos clericales, equidad.

Creo en los milagros. ¿Y cómo no, al ver los misteriosos caminos por donde va el alimento á la boca del cura?

Sin uno grandísimo, el de la persistencia de la estulticia humana, no podría verificarse éste.

La canonización de San Ignacio de Loyola

Para la "Civiltà Católica" y otros.

— ¡San Ignacio es santo canonizado!!

Es sabido el gesto del orador pésimico que saca el Cristo para salvar con él sus disparates; también es conocido el expediente del consabido cómico que con el grito de ¡viva el rey! intentaba convertir en aplauso la rechifla; lo que no sabíamos hasta ahora es que los jesuitas, para defender su Ignacio, (hay que andarse con pies de plomo en esta materia: su Ignacio, digo, y no el otro, ni los otros) no tuviesen más recurso que esa exclamación de ¡Viva el Papa! y de Cristo de la canonización.

Pero ya que parece ser consigna de la secta el coger todas las imágenes de San Ignacio y arrojármelas á la cabeza y hacer con ellas la pira donde quemar mi libro y mi menegado cuerpo, es muy justo abrir el paraguas contra tal chubasco, imprudentemente provocado por los jesuitas.

Y pues dejé ya probado en el otro artículo que la santidad de un sujeto no depende de, ni está en su canonización, en la cual no tiene arte ni parte, ni culpa ni mérito, sino en su propia vida y en sus actos deliberados, reales y positivos, bien se ve con ello que es mísero y pobrísimo

afán de charlar, de gritar, de bullanguear y de aturdir á las gentes, el trastocar la cuestión sobre la vida de Ignacio, hablándonos de su canonización.

CÁNONES Y CAÑONES

Esta cuestión es parecida á la que cinco años atrás se suscitó á propósito de la canonización de Francisco Ferrer:

No se asusten los jesuitas; no hablo del Ferrer aquel que dió tan gran disgusto á Ignacio en Roma, que de poco le lleva á la horca: hablo de su homónimo Ferrer Guardia.

¿Qué duda hay de que Ferrer ha sido canonizado? El furor iconoclasta de los clericales contra su monumento de Bruselas, lo prueba suficientemente. Es una canonización... que disgusta á los jesuitas tanto como la de Ignacio disgustó á muchos frailes y á los protestantes á cuyo veredicto apela ahora *La Civiltà*.

Dirán que Ferrer fué fusilado, y es cierto.

Su fusilamiento fué su canonización. Esto dije en *El País* el mismo día del fusilamiento; y aunque el Tribunal denunció el artículo, lo dicho en él ha resultado cierto, como lo prueban los bostezos de hambre de los alejados del presupuesto por causa de aquello.

Esto prueba que hay fusilamientos que son canonizaciones; que contienen la canonización como el germen contiene la futura planta. — Y asimismo hay canonizaciones que son fusilamientos, y que los contiene como causa de un efecto necesario.

La canonización de Ferrer, no está en su vida si se quiere; sino en la sentencia ejecutoria tamizada por el Tribunal de la opinión pública. «Según ley debía morir» dicen los legistas. «La ley es la que debía haber sido fusilada» dicen los otros; y aun los propios conservadores, parece que no pondrían reparo en que se la fusilara.

A este mismo tenor, dicen ahora los jesuitas, replicando á la Historia Crítica:

— San Ignacio fué canonizado.

¿LA CANONIZACIÓN ES SANTA?

Mas la Crítica responde con chaza:

— ¡Calma, señores jesuitas! Si se trae á la palestra la canonización, ya no tratamos de la vida ni de los actos de ningún santo. ¿Es santo acaso el Papa que dió la bula? ¿Es santo alguno de los cardenales que la votaron? ¿Es santo el relator del Consistorio? ¿Es santo alguno de los testigos?

Pues si santos no son (canonizados se entiende), y si la canonización es la suma de los actos y juicios de todos ellos, claro se ve que la

suma total ha de ser de la naturaleza de los sumandos: y siendo *no santos* estos, la suma total, es decir, la canonización ha de ser homogénea, á saber, *no santa*.

¿Quiere, en vista de esto, la *Civiltá* que entremos de lleno en el examen minucioso de cada una de las actas del proceso de canonización, de la moralidad de cada uno ó de los principales de sus actores, de la honestidad y regularidad de los medios puestos en juego? ¿Quiere esto la *Civiltá*?...

Pues, por mi parte, ¡a ello!

Es materia algo trasnochada é insípida al paladar de nuestro tiempo, pero procuraré amenizarla para que los lectores no se aburran y para que las señoras devotas se solacen y se instruyan en la industria de la fabricación de santos.

¿Vamos al proceso, reverendos de la *Civiltá*? ¿Sí ó no?

Pues habéis de saber, que si bien las actas del terrible proceso están en los archivos secretos é inasequibles del Vaticano, tengo muy buenas notas de ellas, y aun de historietas secretas é inéditas de los apurillos y congojas que pasaron vuestros abuelos, es decir, los jesuitas canonizadores, para tapar ciertas cosillas demasiado claras, para dar brillo á otras demasiado oscuras, para sacar con las agenas manos de reyes y príncipes las castañas del fuego de la curia romana, y, en fin, para lograr ese paso de la *canonización*, que fué una operación no facil, y que dió tanto miedo á los jesuitas antes de obtenerla, como á los frailes enemigos después de obtenida.

¿Vamos, ó no, á ello, sabiondos de la *Civiltá*?...

Vosotros decís y sabéis que fué canonizado.

Ahora, en vista de que vosotros tratáis de amordazar á la Historia con esa mordaza, ella os pregunta tranquilamente:

—Lo fué. ¿Debía serlo?

EL IGNACIO CANONIZADO Y EL HISTÓRICO

La canonización *canoniza* una historia de Ignacio. ¿Es *toda* la historia? No; vosotros mismos lo decís.

Lo que certifica la bula ¿es todo cierto en todas sus partes? No; vosotros mismos desmentís varios de sus dichos.

He aquí, pues, las conclusiones ineludibles:

Algo de lo real en la vida de Ignacio, no está canonizado.

Algo de lo canonizado, no es de Ignacio.

Luego el Ignacio integral de la canonización, no es el Ignacio integral de la Historia.

Luego el Ignacio de la Historia no está canonizado.

¿La Compañía dice que sí?

Eso es lo de la mujer del piojoso del cuento.

La Compañía dice que sí; pero la Bula de canonización y la Historia dicen que no, afirmando rotundamente:

La Canonización.—A ese de la Historia, yo no lo he canonizado, porque no le he conocido. Ese no ha comparecido en autos, aunque fué citado á estrados.

La Historia.—A ese canonizado, no le conozco; no le conocen mis documentos; no le conocieron los coetáneos.

La Canonización.—Yo he canonizado al que me ha presentado la Compañía.

La Historia.—Yo trato del que la Compañía ha ocultado.

La Compañía replica con afectado candor.

—Pero, señoras... si es el mismo, si es uno solo...

Y á ello responden cada una por su lado:

La Canonización.—Si el de la Historia es el canonizado, ¿por qué se ocultó?

La Historia.—Si se trata de uno mismo ¿por qué en el Relato consistorial hecho al Papa no se confesó lisa y llanamente toda la Historia?

Díganos ahora la *Civiltá* y con ella los demás jesuitas: ¿son compatibles ó no, el Ignacio de la Historia, y el Ignacio de la canonización? El absurdo ¿está en atribuir á un santo canonizado los hechos que descubre la Historia, ó en recabar, por aquellas consabidas artes, la canonización del autor de tales hechos?

SOBRE LA REGULARIDAD DEL PROCESO

Que en el proceso se encubrió algo deliberadamente, no cabe duda. Lo confiesa del modo que puede confesarlo un jesuita, el P. Astrain, entre otros, en su Historia de San Ignacio, alabando la requisa que el General hizo de los documentos y relatos acerca de Ignacio. Dice haber sido muy prudente medida entonces, cuando, estando pendiente todavía el proceso de canonización, podía temerse alguna irreverencia contra el santo.

¡Petición de principio se llama este lucido discurso!... Porque si, á tenor del lenguaje actual de los jesuitas, la *reverencia* arranca de la canonización, no estando canonizado Ignacio todavía, no había tal peligro de irreverencia. Era un mortal como otro cualquiera... es decir, un muerto como todos los muertos.

Si no era venerable siquiera, no podía ser objeto de *irreverencia* por parte del pueblo fiel, que no conoce más venerables que los canonizados. La irreverencia en todo caso, habría sido, no canónica, sino natural, por agraviar indebidamente á un difun-

to. Y en este caso... ¡Oh, Compañía reverendísima é irreverendísima!, reconoce tus pecados y los de los tuyos, pues á tantos difuntos has infamado injustamente, y á tantos has injustamente canonizado...

He aquí, pues, por donde Astrain, con permiso de sus superiores, confiesa implícitamente la *ocultación* de parte de la historia de Ignacio, para evitar que la Santa Sede cometiese la irreverencia de no canonizar á un santo que la Compañía tenía canonizado en sus adentros, como se guarda canonizada á Isabel Xifra, la beata de Nadal, y á Baltasar Piñas, socio de Ignacio y agente suyo en Cerdeña: santos para quienes la *Civiltá* no reclama todavía el absurdo aquel.

PRUEBAS CANÓNICAS Y PRUEBAS HISTÓRICAS

¿Qué vamos sacando de esta *huida* de la Compañía?

Se saca en sustancia lo siguiente:

Que la *vida real* de los personajes va por un lado, y la presentada en las bulas de canonización va por otro.

¿Cuál nexos y punto de identidad ó de enlace tienen la una con la otra?

Cualquier rábula de ayuntamiento sabe responder. La *vida canónica* es la *alegada y probada jurídicamente*.

La *vida real y positiva*... ¡ay! tiene mil lances que no se pueden alegar y cien mil que no se pueden probar. Nada de todo esto es capaz de llegar á estado jurídico, ni ante el tribunal del Estado, ni ante el tribunal de la Iglesia.

Esa misma *vida real y positiva*, ofrece en cambio, el riesgo de caer en mil aventuras contrarias, de alegarse lo que no es, y de probarse lo que no fué.

La razón de ellos es bien sencilla.

LA SANTIDAD ES OBRA DEL SUJETO: LA CANONIZACION ES OBRA DE LOS OTROS

La realidad de la vida, y sobre todo en esto de la santidad, está en el sujeto y en sus actos: pero las *alegaciones* y *pruebas* que de su vida se hagan, están todas por entero en los otros. Los procuradores de la causa de Ignacio «alegaron» lo que les pareció: y «probaron» lo que pudieron, si no lo que quisieron.

¡Lo que probaron, santo cielo, con sus 600 testigos! ¡lo que probaron, no sólo de Ignacio, que fué una insignificancia en el proceso de *Vita et moribus*, sino de Dios, del Diablo, de los Duendes de Alcalá, del demonio de Loyola, de muertos resucitados, de enfermos milagrosamente curados, de mil cosas que hizo Ignacio después de muerto...

¡Cuánto testigo... cuanto dictamen facultativo!...

Poseo el de seis médicos de Valencia que atestiguan un milagro con una devota de allá...

Sabido es que la Crítica, en España, no puede, sin peligro de cárcel, meterse en tales honduras de si el milagro es tal ó es embeleco: de si el sujeto á quien llaman «diablo» era real ó fingido, y si era ó no lo contrario: lo más que puede hacerse, es alegar una frase piadosa del diccionario de la Academia, exclamando: ¡pobre diablo!: que también el buen Dios—según opinión de algunos teólogos católicos, tiene piedad de los diablos, y según el Maestro de las sentencias, guarda con ellos grandísima misericordia.

No podemos hacer más en defensa del «pobre diablo»; ni tampoco podemos contra los ángeles presentados por los jesuitas, decir más que lo que decía Jesucristo y también San Ignacio: cuando oigáis hablar de ángeles, abrid el ojo; porque el ángel malo se presenta disfrazado de ángel de luz...

En fin: que la Constitución del Estado y los tribunales hacen bien en prohibir que nos metamos en tales barullos, pues á fe que es cosa de perder el oremus.

Dejados, pues, al juicio de los cardenales romanos, que suelen ser muy endiablada gente, eso de milagros desnudos y malandrines; es cierto que allí se dieron por probados canónicamente y por alegados debidamente muchos hechos de Ignacio de los cuales el de la Historia no tuvo noticia. Y esto es lo que se alegó y probó, y esto se canonizó.

Pero en venganza no se alegaron otros hechos que la fama tenía á flor de labio y cuyas pruebas hemos descubierta en los archivos.

Esto no fué probado ni alegado, sino lo contrario: pero es histórico.

¿Qué se saca de ahí?

Sencillamente: que la canonización, como toda sentencia judicial, puede ser recta en ley y conforme á lo alegado y probado; y estar infinitamente distante de la realidad que no se alegó ni se probó. Y en tal caso la canonización romana, como todo fallo salido de la humana menguada cabecita, puede ser un gran acierto según ley, y un gran disparate histórico y un gran tropiezo moral.

EL RASERO JESUITA

Los Jesuitas aquilataron mucho estas materias cuando se trataba de canonizar á Palafox, su enemigo, y tasaron el valor de las bulas Pontificias cuando se lanzó contra ellos la de supresión.

Entonces nos dijeron que hay bulas que contienen grandes bolas históricas y no menores burlas á la justicia. La *Civiltá* lo sabe, y nosotros no lo ignoramos.

En estos casos, cuando los adversarios les gritamos:

—¡La Bula... la Bula!...

Ellos nos responden riyéndose como descosidos:

—¡La Bola... la Bola!

O bien:

—¡La Burla! ¡la Burla!!

O bien:

—¡La Bulla! ¡la Bulla'...

Y pues á tal término hemos llegado, sea sincera una vez en su vida la *Civiltá*, y responda á esta pregunta:

—Palafox, para los jesuitas, que está canonizado con todas las de la ley, ¿es un Venerable de bola, de burlas ó de bulla?

¿Qué reverencia merece en la conciencia de los Jesuitas la Bula y Decreto de Veneración? ¿Qué caso hicieron de los Decretos pontificios imponiéndoles silencio?

QUIEN Á HIERRO MATA Á HIERRO MUERE

Pues, por mi santiaguada, que hemos de ser nosotros más papistas que los «guardias de corps» del Papa, según se dicen los jesuitas, y con las armas con que ellos combaten á Palafox combatiremos nosotros á Ignacio.

Pues nosotros y los jesuitas de la *Civiltá* (aunque digamos lo contrario), estamos interiormente de acuerdo en que si á Ignacio se le hubiese combatido en el proceso de canonización, tal y como los jesuitas combatieron á Palafox, Ignacio no estaría canonizado. Y al revés: si en el proceso de Palafox se hubiese pasado como se pasó en el de Ignacio, Palafox estaría canonizado.

Lo cual no prueba nada contra aquellos santos varones, pero prueba esto que dicen los jesuitas, á saber: que hay bulas y hay bolas. Y que como hay bolas de bula, así también hay bulas de bola. De la de Clemente XIV hablo, y de la que de un día á otro va á caer de nuevo sobre los jesuitas, según está profetizado por el hermano Rufino, y según rezan ya los calendarios romanos.

Acabemos esta réplica á la *Civiltá* con el Trisagio de los Padres, que es la oración de sus víctimas:

¿Cuándo será esto, oh, mi Dios... cuándo será...?

Será antes que la *Civiltá* acepte esta polémica, que termina con este guante en el arroyo de la prensa.

S. PEY ORDEIX

Invitación de la Sociedad esperantista Libera Penso

La Sociedad Esperantista *Libera Penso*, incluida en la Federación Internacional, se fundó en 1907 para estrechar los lazos intelectuales y

personales entre los librepensadores del mundo entero por medio de la lengua auxiliar Esperanto.

Tolstoy, Dons, Ferrer, por no citar más que los muertos, pertenecieron á ella.

Libera Penso ha publicado en Esperanto la última obra del combatiente polaco Niemejevski, confiscada por la censura, y también la defensa de Ferrer ante el consejo de guerra.

Dicha Sociedad remite á sus miembros un Boletín mensual por la cuota anual de 2'50 francos.

Con ocasión del Congreso Universal de Esperanto, que se efectuará del 2 al 9 de Agosto próximo, *Libera Penso* invita á su Asamblea general y al concierto público de cultura que organiza para el Domingo 2 de Agosto, á los librepensadores de toda nacionalidad que pudieran encontrarse en París para dicha fecha.

Así podrán convencerse de que Esperanto es un excelente instrumento de discusión, el más eficaz elemento de viva y real fraternidad, tan fácil como preciso; así juzgarán cuál es la potencia del arma que es urgente acaparar de cuantos cumulan con nosotros, y hacerlo sin demora, para evitar que puedan hacerlo nuestros enemigos; y haciéndolo nosotros cumplir un ineludible deber en beneficio del *Librepensamiento Universal*.

Aprended, pues, dicha lengua.

El Secretario de *Libera Penso*.

R. DESHAYS

Sens (Francia).

D. Juan II, rey de Castilla,
quiere una armada

Siempre que mi admirado amigo —y correligionario, según él— el excelso orador Vázquez de Mella habla en el Parlamento, le dicen lo mismo que decían los parlamentarios franceses de su tiempo á Lamartine: «Su señoría es un poeta.» Mejor podrían decirle: «Su señoría es un hombre de ideas, y aquí las ideas no tienen que hacer nada.» A pesar de su imaginación —quizás por ella,—á mí me interesa mucho más que cualquier insignificante fracción de político práctico el gran orador tradicionalista. Su crítica de la Monarquía constitucional y parlamentaria es siempre ingeniosa. Y su teoría de que el poder supremo debe ser responsable, aunque no haya más sanción posible que la social para sus extralimitaciones, abusos, arbitrariedades y crímenes, me parece mucho más aceptable que la ficción constitucional y parlamentaria, consecuencia lógica, pero absurda, del contubernio entre el antiguo régimen y la

democracia. Prescindiendo de las revoluciones modernas, la sanción social que pide Mella para los actos de los reyes se hizo no pocas veces efectiva durante la Monarquía representativa de la Edad Media.

El oficio de rey no era entonces tan cómodo como lo es hoy. No había ministros que lo amparasen y cubriesen todo con el refrendo. Los reyes tenían que «dar la cara», y en ocasiones que «ponerla en vergüenza». Esto les ocurría cada vez que necesitaban dinero — cosa que no puede ser más desagradable, — ya para las atenciones corrientes del Estado, bien para negocios y empresas de carácter extraordinario. Los reyes no tenían más remedio que dirigirse á las Cortes, y las Cortes, que no se dejaban convencer tan fácilmente como los ministros de Hacienda del régimen constitucional y parlamentario por sus compañeros de Gabinete, respondían frecuentemente con las más enérgicas y rotundas negativas, con aquella altivez castellana que no excluía el respeto, pero que puede servir todavía de modelo á la ciudadanía.

Abundan los ejemplos y será conveniente citar algunos. Como á los procuradores que concurrieron á las Cortes de Valladolid de 1258 les pareciese que era demasiado lo que se gastaba en la mesa del rey — D. Alfonso el Sabio, — «tuvieron por bien que el rei é su mujer que coman ciento é cincuenta maravedís cada día sin los huéspedes extrannos, é non más. E que mande el rei á los homes que vienen con él que coman más mesuradamente é que non fagan tan gran costa como facen». En las Cortes de Valladolid de 1307, decían los procuradores al rey Fernando IV, que les demandaba un servicio extraordinario, que se contentase con las rentas ordinarias, «porque la tierra era mui yerma é mui pobre.» Las Cortes de Briviesca de 1387, invitando al rey D. Juan I á poner remedio á los despilfarros de la hacienda, le dijeron que «en las mercedes, é raciones, é quitaciones é mantenimiento de su casa había muchas cosas superfluas que salían de cuestras é sudores de labradores.» Y el mismo rey D. Juan I, habiendo pedido auxilios pecuniarios para acudir á urgencias del Estado, entre otras la guerra con Portugal, tuvo que oír de las Cortes de Guadalajara de 1390 lo siguiente: que sería perjudicial y cosa escandalosa otorgarle nuevo servicio sin saber en qué se invertían sus grandes rentas, y que procurase averiguar «como tan grana algo se dependía é quisiese poner regla en ello». A otra petición del rey respondieron los procuradores «que era mui gran vergüenza é daño prometer más.»

Uno de los monarcas de Castilla

más pródigos y dilapidadores fué D. Juan II. Las Cortes, con la mayor independencia, censuraron constantemente sus abusos. Las de Tordesillas de 1420 le negaron un servicio que pedía. Las de Palenzuela de 1472 se atrevieron á decirle «que non debían usar los reyes é príncipes é otra cualquiera persona de tanta largueza con unos que torne en gran daño de otros, é que non debe alargar tanto en unas cosas, porque fallezca en otras más necesarias». En las Cortes de Valladolid de 1440 y 1442 los procuradores se dirigen de nuevo al rey, señalándole los males de la hacienda, «mucho perdida é destruída por las grandes é inmensas mercedes que vuestra señoría ha hecho desde que regna acá».

Al rey D. Juan II le gustaba rodearse de aparato militar; era, como se diría hoy, un imperialista ó un militarista. Sin necesidad alguna, mandó crear un Cuerpo de mil lanzas para servir en la corte. Los procuradores protestaron y dijeron al rey «que pues á Dios gracias las cosas estaban llanas é de aquella gente de armas que traía se seguía gran daño en el reino é á él mui gran costa sin provecho alguno, á él pluguiese contentarse con las guardas é ballesteros é monteros de Espinosa que eran ordenados antiguamente é se habían contentado los reyes de gloriosa memoria antepasados de él». No desistió el rey en absoluto de su empeño; pero las mil lanzas quedaron reducidas á cien. Y todavía le fué peor al rey militarista D. Juan II en otro trance, del que podría sacarse provechosa enseñanza. Quiso equipar una Armada contra los ingleses, y exigió, sin contar con las Cortes, que habían de oponerse á ello, cierta contribución extraordinaria. Las Cortes, no sólo protestaron, sino que obligaron al rey á sincerarse y á dar las más cumplidas satisfacciones.

Esto ocurría en Castilla hará cerca de quinientos años. Entonces no había republicanos, ni socialistas, ni «Maura, sí» y «Maura, no», ni fenómenos como Belmonte. Era en el siglo XV, camino del XVI, en que iba España á ser el primer pueblo del mundo.

ALVARO DE ALBORNOZ

SACERDOTE FUL

El Tribunal correccional de Offenburg acaba de juzgar y condenar á Steinmetz, llamado «el ladrón de sacerdotes».

Era marinero y desertó en 1902, llevándose todo el dinero que había á bordo del torpedero donde prestaba sus servicios.

A poco entró en un convento de

criado, donde permaneció varios meses, y se asimiló de tal modo el tono y las maneras de las personas de Iglesia, que durante varios años ha recorrido Francia y Alemania disfrazado de sacerdote y robando á los párrocos.

En Octubre pasado fué á Griesheim, cerca de Estrasburgo, y durante tres días reemplazó en sus funciones al párroco, que estaba enfermo, diciendo misa y predicando.

Por último, organizó una peregrinación muy numerosa al Santuario de Marienbhal y se puso al frente de ella.

Pero vióle en la estación de Estrasburgo uno de los párrocos robados por él, y le hizo encerrar, con gran asombro de los peregrinos.

El Tribunal, considerando que padece de epilepsia, le ha condenado á seis meses de cárcel.

Hay en ese relato tres cosas que me maravillan: lo fácil que es aprender el oficio de cura, los instintos que despierta, y el buen sentido del tribunal que ha condenado á ese peine á pena tan leve. El que falsifica un específico cualquiera es castigado con mayor rigor.

Si esa sentencia llegase á formar jurisprudencia, se dudarían muchos ciudadanos á trabajarse su misa y á largarse su sermón diariamente, sin haber recibido las sagradas órdenes.

Por unos cuantos años de vivir al pelo, bien pueden sufrirse seis meses de prisión, que quizás tampoco sufriera si no intercala entre misa y sermón algún robo que otro.

En fin, que me encanta ese cura ful y esa sentencia tan equitativa.

JOHNSON Y MORAN

La barbarie en Francia

Como todos los diarios que se ocupan de deportes, y son todos, siguen discutiendo si Johnson tiene ó no derecho á ostentar la corona del campeonato mundial de boxeo, nosotros, que asisimos por malsana curiosidad al brutal, al fiero espectáculo sin grandeza ni hermosura, sin color ni arte, que vamos decir dos palabras, pues todavía es actual el suceso, acerca del *match* Johnson Moran.

Verificóse el combate en el Velódromo de invierno, ante más de 20.000 espectadores. La recaudación en las taquillas no bajó de 150.000 francos. De las apuestas no puede hacerse un cálculo.

El combate fué de 20 *rounds* de tres minutos. Vimos veinte veces acometerse á los dos gladiadores de puño cerrado, el negro y el blanco, y asestarse sendas y violentas puñadas en el pecho, en el rostro, en

el estómago. Vimos desfallecer por momentos á los contendientes. Vimos surgir la sangre del rostro de Moran y caer sobre sus ojos como una cortina de fuego. Y la lucha continuaba feroz, espantosa, pero legal, con la intervención á cada round del árbitro, Georges Carpentier.

En la multitud inmensa abundaban las chisteras, los tocados espléndidos... Toda la civilización estaba representada allí. Ingleses, alemanes, yanquis, franceses, tantos detractores de nuestra barbarie ibérica. En francés, en inglés, en «yanqui», si puede decirse en yanqui, se oía gritar:

—Allez, frappez le!

—Gozon hit him!

Y como ni Moran ni Johnson parecían dispuestos á quedar sobre el adversario ó bajo él, el público, tan culto, tan humanitario, se enfadaba:

¡Si se hacen cortesías! ¡Si se sonríen uno á otro! ¡Si parece que se piden perdón!

¡Y la sangre surgía ya de la nariz y de la ceja de Moran!

Confieso que ni las luchas de gallos, mucho menos los toros, me parecían tan repugnantes.

Y más que el espectáculo, lo era la actitud y la indignación de las gentes. Cada vez que Johnson ó Moran se aplicaban una puñada terrible, los grupos clamaban, clamaban dispuestos á pedir la oreja del golpeado para el vencedor:

—¡Pégale, duro; en el pecho, en las sienes; pégale!

Como no hubo muertos, la gente se fué á sus casas, ya tarde, profundamente disgustada.

—Estaban de acuerdo—se decía.

Luego oímos que Johnson, y seguramente el otro con él, sacarían de este combate 200.000 y pico de francos, de una empresa cinematográfica...

Después de este feroz espectáculo, yo, que nunca fuí de mi gusto á los toros, y que salí siempre triste del taurino circo, me siento dispuesto á perdonar á los españoles.

Es de notar que la Prensa seria ha dedicado columnas enteras al match, y que el mismo *Matin* ha escrito enfadado «On ne pouvait faire preuve de plus de mutuelle galanterie. Pour peu, ils se seraient excusés de se frapper.» Pero la sangre corría.—RENÉ LEVAL.

El Mundo

Paris, 28.

Vanidades mundanas

¿No han reparado mis lectores en que apenas hay fotografía que no tenga en el escaparate los retratos de dos ó tres obispos?

La moda tiene caprichos extraños: hoy torero, mañana pelotaris, un

día horizontales, otro tenores, ahora obispos...

Lo que no entiendo es cómo estos humildes siervos del Señor se prestan á exhibiciones mundanales, adoptan posturas arrogantes, echándose encima, como las coquetas, el fondo del cofre para ponerse ante una máquina fotográfica.

No pretendo que se retraten en paños menores; ¡estarían bonitos!, mas vería con gusto que no hiciesen ostentación de lujo.

¡Hay tantos infelices redimidos por Cristo que no tienen pan, ni vestidos, ni techo que los cobije!

De la propaganda Fide

No pocas veces el pícaro demonio ha presentado contra los respetables eclesiásticos esta duda:

Puesto que profesan el oficio de evangelizadores del mundo ¿cómo es que papas, cardenales, obispos, frailes y monjes se empuerran en gritar en los países ya evangelizados, y no hay modo de echarles ni con humo de zapatos, y en cambio, ni empujándoles quieren ir á anunciar el evangelio á los pueblos que no lo conocen?

Esta duda se resuelve con la lectura de los siguientes importantísimos datos de una institución católica para los infieles, llamada *Propagación de la fe* y que tiene imaginariamente organizada la conquista del mundo pagano en esta forma:

Las misiones que propiamente dependen de la Propaganda son las siguientes: Toda el Asia, con su enorme población de 800 millones de habitantes, de los cuales son católicos solamente 4.929.779, siendo el resto mahometanos, budistas, indus, brahmanes, sintoístas, fetichistas, etcétera. Hay en Asia 3.980 misioneros y 2.749 curas indígenas.

¡Lo que en España tiene cualquier obispado!

El continente africano, con sus islas anexas, tiene una población de 140.000.000 de habitantes, de los que solamente son católicos 945.088, es decir, menos de un millón. Hay en Africa 14 diócesis, sin que éstas figuren en la nota anterior, porque no se consideran como misiones. Los católicos de esas diócesis son 1.894.318, con 1.526 sacerdotes.

¡Mil curas para un millón de católicos!... ¡Qué felices son los católicos africanos!

Oceanía tiene la propaganda de una población de 6.725.500, de los que 1.313.610 son católicos, y hay en ella 1.657 misioneros.

¡Vámonos á Oceanía, correligionarios... Allí, como en Africa, un cura no más para cada mil fieles... ¡Qué suerte!

La América meridional es casi totalmente católica; pero la del Norte y la central con una población de 113 millones, sólo 41 son católicos, y el resto son protestantes é infieles, con la observación de que las misiones de América no dependen ya de la Propaganda.

En Europa hay algunas misiones bajo la jurisdicción de la Propaganda; en Suecia, Noruega, Dinamarca, en algunas partes de Alemania, en los Estados de los Balcanes y Turquía, con un total de 40 millones, de los que poco más de un millón son católicos y el resto protestantes, judíos, mahometanos, cismáticos, etc. El número de misioneros empleados en estos países es de unos 2.500.

Si reunimos el total de población confiada á la Propaganda, resulta de unos mil millones de personas, de los que apenas son católicos unos 8.500.000, y el número de misioneros y sacerdotes indígenas, unos 12.000; así como se ve, el campo para cultivar es muy grande, pero los labradores son muy pocos, realmente muy pocos, agrega con sentimiento una revista católica, de donde tomamos estos apuntes.

¡Muy pocos, muy pocos los labradores, dice la piadosa revista!

Muy pocos, sí. Y entre estos pocos, no hay ni un Papa ni un cardenal! Los obispos son esos obispos llamados *in partibus*, como Nozaleda y Gandasegui, que tienen sus obispados allá en el riñón del Africa, y ellos se pasean por Recoletos... Sus diócesanos van en procesión al Infierno, y ellos, acá... predicando á las santas Calatravas...

Los labradores son pocos, ya se ve. En cambio los *rendimiadores* y trasquiladores son muchos.

Les pasa á los católicos lo que á los políticos de todos los partidos: cuando tocan á arriesgar el pellejo ó á rascar el bolsillo... ¡cuán pocos, Señor, cuán pocos!

Cuando tocan á coger títulos, prebendas, concejalías y demás gajes... acuden como plaga de langostas.

Está visto: la *Propaganda de la Fe* es muy cultivada, pero sólo en lo que tiene de comercial y provechosa, como todas las propagandas. Por esto el Diablo se está muy tranquilo en sus países conquistados.

Los pagadores son pocos: los propagadores muchos. Y aún el propagador va detrás del pagador, diciéndole: «Si quieres que yo propague, paga tú».

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lenas)

por José Nakens

Segunda edición.—318 páginas.

Precio: 2 pesetas.

EL MOTÍN



Queridos hermanos en Cristo: Antes, el diablo se colocaba siempre detrás de la Cruz. Ahora, tal perversidad reina en el mundo, que se coloca delante.

Correrías místicas

Las peregrinaciones teresianas y de Lourde han traído muy revuelto estos días al cotarro clerical y al gallinero místico.

La gente mundana, los que desconocen las intimidades de la vida devota, no pueden imaginárselo que son y representan las peregrinaciones para el mundo clerical.

No hay *juerga*, *cuchipanda*, *alboroque*, ni *jolgorio* entre los mundanos que tengan los atractivos, peripecias, aventuras y lances sugestivos que las peregrinaciones. A ellas concurren dos grupos de devotos: los hipócritas, camastrones, que están siempre en perpetuo celo y á la que salta, y unos cuantos infelices llenos de buena fe, que sirven de tapadera, pagan el pato, y á la postre acaban haciendo lo que los demás, pues sabido es que todo lo que halaga los sentidos es contagioso. Seguramente que si una esposa recatada, una madre austera de familia se presenta ante el jefe de la casa y le dice:

—Eulogio, ¿me dejas ir mañana con las vecinas del tercero, que van de merienda? Pasaremos un buen día; creo que van también su cuñado y sus primos...

Al oír esto el patriarca frunce el ceño, pega un punetazo sobre la mesa y exclama:

—¿Tú crees que á una señora de su casa, á una madre, á la esposa de un hombre respetable como yo le están bien estas expansiones, mejor dicho, estos locos devaneos?...

Y la señora se queda en casita.

Si un lindo pimpollo de diez y ocho abriles, entre mimos y zalamerías, le dice á su papá:

—¿Me dejas ir el domingo con las de Salsosa, que iremos á jugar una partida de volante?

—¿Estás loca, chiquilla? ¿Crees tú que una niña de tu clase puede ir con el primero que se presente y sola?

Pero ¡ah! si se trata de expediciones místicas, ya no hay escrúpulos, ni temores, ni miedo, ni preocupaciones, ni temor al más remoto peligro, como si todos los excursionistas fueran ángeles, como si las conveniencias sociales y las reglas de la moral no rigieran para los devotos.

—Mamá, el jueves por la mañana, vamos todas las *congregantas* de Santa Eufrasia *peregrineando* al santuario de la Virgen de la Olla y no volveremos hasta el viernes por la tarde. Dormiremos en el santuario; todo por veinticinco pesetas.

—¿Y quién os dirigirá? ¿Quién cuidará de que no os pase nada?

—El P. Teveo y una sección de

jóvenes esclavos del Sagrado Corazón.

—¡Ah! Entonces me quedo tranquila; puedes ir á inscribirte...

En otra casa hay este diálogo:

Ya sabes, querido esposo, que yo soy una mujer esclava de mis deberes y que nunca ni tú ni nadie ha tenido que decir de mí ni tanto así...

Es cierto.

—Pero tampoco ignoras que soy una esposa cristiana, católica a carta cabal, y que me gusta cumplir con los deberes que me impone la religión...

—Bueno; ¿y á qué viene todo esto?

—Pues viene á que mañana, domingo, la Congregación de Hijas de Santa Mónica, vulgo Madres Cristianas nos vamos en peregrinación á Tarragona, es cuestión de cinco días.

El esposo se rasca la barba.

—Bien; pero ¿váis solas?

—Vamos con once sacerdotes de la Orden Tercera, seis canónigos y siete frailes carmelitas.

—¡Ah! Esto ya varía; puedes ir sin cuidado, esposa mía, que ya me cuidaré yo de que los niños vayan al colegio y de tomar la cuenta á la muchacha y hacer la lista de la lavandera.

Y en virtud de la palabra mágica *peregrinación* todo varón y hembra, por muy fino que hilen en su casa, adquiere un salvoconducto para salir, viajar solos á sus anchas, en mescolanza de sexos, con gente desconocida, pasando las noches en tren muy apretaditos, pernotando en dormitorios comunes de hospederías monásticas, con la santa libertad de recreos, caricias y franqueza fraterna que irradia de pechos fervorosos, encendidos en vehemente amor hacia al prójimo.

Yo he hecho numerosas peregrinaciones al Escorial, Alcalá, Avila, Alba de Tormes, Lourdes, Roma, Salamanca, Sevilla, Utrera, etcétera etc., y si yo pudiera contar aquí lo que he visto y comprobado en aquellas peregrinaciones, habría que hacer una edición especial de los artículos para hombres solos.

Yo notaba con sorpresa que apenas se organizaba una peregrinación los primeros que se inscribían en ella eran jóvenes alegres, retozones conquistadores empedernidos, sin espíritu religioso ni devoción alguna, que en su vida ponían los pies en una iglesia, y lo mismo sucedía con ellas, muchas de las cuales eran conocidas como mercancía fácil y apetitosa; hembras alocadas, amigas del jolgorio, que se presentaban en la estación con sus rostros picarescos, mal tapados con la mantilla, y cubiertas de medallitas y escapularios. Al ponerse el tren en marcha cada uno se apareja con la compañía más grata; hay gritos, chillidos, risas estrepitosas, pellizcos, trope-

zones calculados, equivocaciones fingidas...

—Dispense usted que le haya cogido la mano; creí que era usted mi hermana.

—Perdone, padre, el pellizco; pensé que era usted mi cuñado...

—No se ofenda por lo del abrazo; con esta confusión la había tomado á usted por la señora de Galtas, que es tía mía...

—¡Ay, por Dios! Me había sentado encima de usted creyendo que era la maleta.

En fin, aquello es un río revuelto de donde se sacan peces gordos y á gusto del consumidor. Todo esto mezclado con rezos, cánticos, rosarios, jaculatorias y saetas piadosas.

Todo esto me ha venido á los puntos de la pluma al oír lo que me contó mi amiga doña Elvira, que acaba de regresar de Lourdes como *pelegrina*, como ella dice, mientras su hija anda por Avila con las Hijas de María en una peregrinación teresiana. Las dos son muy guapas y *boccato di cardinale*. Veremos allí por el mes de Marzo del año próximo el fruto que dan estas místicas correrías.

FRAY GERUNDIO

LA ESCRUPULOSA

«Ya me comen, ya me comen por dō más pecado había.»

¡Cuántas y cuántas veces recitarán esos versos los especialistas de confesonario! Ellos se pasan la vida sembrando terrores en el ánimo de sus confesandas, y tanto estiran la cuerda, que las hacen creer que un dedo más ó menos que metan en la pila del agua bendita constituye un pecado mortal digno de los más terribles castigos.

¡Carísima pagan su imprudencia! Esas mismas beatas á quienes amedrentan por tan fútiles cosas, son luego su tormento. La mayor calamidad que le puede caer á un confesor es una penitente escrupulosa.

Generalmente es para ellos una parroquiana diaria é impertinente. Madruga para tranquilizar su conciencia, y le pregunta al confesor cosas como esta:

—¿Cree usted que existe pecado mortal ó venial siquiera en que mi gata se haya pasado la noche anterior en el tejado?

—No, señora. Cada animal tiene sus instintos.

—Bien; pero como yo conetí la imprudencia de dejarle abierta la bohardilla, ¿quién sabe si inconscientemente habré contribuido á algún pecado deshonesto!

—Tranquilícese usted, señora; eso no constituye falta alguna.

—Sin embargo, tengo mis dudas sobre si habré contribuido ó no á

extinguir el último resto de castidad que le quedaba á la pobre. Tres géneros de castidad me dijo usted que existían cuando me confesé con usted por vez primera: La *virginal* esto es, la más perfecta; la que tenía mi pobre Zelinda antes de que el gato del vecino la requiriese de amores y la invitase al indisoluble vínculo que se contrae en los aleros ante la claridad de la luna. La *matrimonial*, ó sea cuando no hubo remedio de evitar aquel pacto solemne contraído al borde del tejado; y por último, la *viudal*, que era la última que conservaba mi gata después de muerto su difunto *Pichichi*. ¡Pues hasta eso ha olvidado! Lo he conocido en que se ha duplicado de volumen. ¿Tendré yo acaso la culpa de eso?

— No, señora, no.

— Sin embargo, para tranquilidad de mi conciencia quisiera hacer nueva confesión general. Seré breve. En los sesenta años que tengo, apenas habré cometido dos mil pecados en cada uno; de modo que la confesión es cosa de un momento.

— ¿Usted ya habrá hecho otras confesiones generales?

— Unas doscientas. Sin embargo...

— ¡Pero, señora! Con una de ellas que haya sido sincera, con detenido examen, buena contrición y firme propósito de la enmienda, basta.

— ¡Oh! no; quiero dejar tranquila mi conciencia.

— ¿Hasta mañana á lo sumo?

— ¡Quién sabe! Si el justo cae siete veces cada día...

— ¡Lo que es al pecador este no le vuelves á pescar este año en el cucuchitril! Antes renuncio el cargo de penitenciario que lidiar con beatas de tu calaña) dice el confesor por lo bajo, y añade en alta voz: — Hoy tengo mucho que hacer; vuelva usted mañana. (Y mañana veremos quién es el hijo de su madre que aguanta tan soberana pejiquera.)

A un cura de aldea

¡Oh tú, que en la Tebaida de la encumbrada sierra vives, ó más bien mueres, cual otro anacoreta, sin sociedad, sin trato, sin honores ni renta! Deja, deja el rebaño que reservó la Iglesia para otro cenobita de virtud más excelsa; que tú eres muy amante de la faz halagüeña que ofrecen pueblos cultos y campiñas amenas.

¿Aún dudas? ¿Pues acaso placeres no tuvieras de que ahora careces en esa pobre aldea? Mas tú salir excusas,

te haces sordo á mis quejas: ¿qué te detiene? dime, ¿qué es lo que te contenta? ¿Callas? ¡Ah! Lo comprendo, y en tu sonrisa expresa acierto á ver la burla que haces de mi tontería.

Es verdad que escondido en tu casa terrena vives animalmente por muchas cuarentenas, pero duermes y roncas á dúo con tus dueñas, tendido á la bartola mientras el mundo rueda. Ni filosofas necio, ni cuidados te cercan, ora se ajusten paces, ora se rompan guerras; tu imán está en tu cuarto, en él está tu estrella, allí tu fin y centro, allí todas tus prendas.

Es cierto que careces de ciertas bagatelas, que cultos cortesanos por precisas las cuentan; más sus necesidades son ficticias y necias, y el que no las conoce de menos no las echa. Tú no tendrás estufas, alfombras ni vidrieras, pero tienes chorizos, huevos, morcillas, piernas, perniles y jamones, manjares que alimentan. Tienes una cocina bien provista de leña y el calor que á los seres vivifica y conserva jamás llega á fal arte en tu oscura caverna.

De bobos te mantienes, que es cosa santa y buena, que nutre y fortifica y buenos jugos crea. Pollos, gallinas, cerdos, corderos y becerras, y granos y hortalizas, y vino por do quiera.

En llegando Septiembre en sus casas se encierran todos tus parroquianos, y muchas feligresas á la tura concurren, sencillas y risueñas, á servir á su cura como mansas corderas. Escoges las más lindas, más jóvenes y frescas, y se quedan contigo á invernar muy contentas.

Ellas ciernen, amasan, cuecen, barren y friegan, cosen, guisan, jabonan, y á lo demás se prestan. Cuando ellas te levantas, y cuando ellas te acuestas; con ellas cantas, ríes, almuerzas, comes, cenas; con ellas, en fin, partes los gustos y faenas.

Del espíritu el pasto

les das á manos llenas, y el pasto de la carne pródigo las franqueas; de suerte que en invierno haces tu sementera, y como el campo es fértil, y la tierra dispuesta, y ayudais con vigiliias, oraciones diversas, ayunos y ejercicios, disciplinas, treceñas, Dios bendice las obras de su siervo y sus siervas.

Llega Junio ostentando los frutos de la tierra, y tú ostentas el fruto de tus largas novenas; entonces, padre de almas, sales con tus ovejas á que el pueblo bendiga los medros que tuvieran bajo pastor tan diestro y de partes tan buenas.

Recoges tus primicias y las das á la Iglesia, y te aclaman su padre los niños de la escuela. ¡Qué placer semejante! ¡Qué dicha más completa! ¡Oh vivir envidiable! ¡Quién gozarte pudiera!

Baco asoma á tus labios y á Eolo lanza fuera, Mercurio te defiende, Vulcano te rodea, y te arrulla Morfeo, y Venus te despierta, y acaricia toda la celestial caterva.

Calientate la lumbre, con el jarro te templas, las amas te electrizan y se derriten ellas, y como el breviario en dos tomos manejas, la hora sexta es tu rezo, maitines y completas.

AUTOR ANÓNIMO

Siglo XVIII

¡Pobres antepasados!

Se me pone la carne de gallina cada vez que pienso en la vida que llevarían nuestros antepasados allá por los siglos en que el cura y el fraile dominaban completamente.

Si hoy, después de tanta revolución y de haber adelantado tanto la ciencia no podemos sufrirlos ¿qué no ocurriría entonces?

¡Pobres antepasados nuestros! Beberían el agua mezclada con sus lágrimas y comerían el pan amasado con su sangre.

COSAS DEL OTRO BARRIO

Concluí de comer y salí á la calle pensando en la inmortalidad del alma; me encontré con un amigo mío muy católico,

con el cual consulté mis dudas, y, por consiguiente, vino la inevitable discusión.

—Desengáñate—decíale yo;—no hay tal alma, ni Cristo que lo fundó.

—¿Por qué dices eso? ¿en qué te fundas? Si no tuviéramos alma, entonces ¿qué seríamos? Ella nos hace ver por nuestros ojos; nos hace palpar con nuestras manos; cuando cometemos algún hecho punible, ella nos reconviene en el fondo de nuestra conciencia; ella, en fin, es la que da movimiento y agitación á nuestro organismo.

—Perfectamente—respondí;—pero dime alma ¿dónde la tenemos?

—Bonita pregunta. La tenemos en todo nuestro ser, en todas partes...

—Es decir, de los pies á la cabeza.

—Pues eso es.

—Conforme. Si nos cortan un pie ¿nos cortan un pedazo de alma? Y ese pedazo de alma ¿se irá desde luego al infierno para esperar á í el resto?

Mi amigo calló; seguimos paseándonos un buen rato y luego diéndolo á él, volvíme solo á mi casa.

Le dije á ella, que vivía en mi butaca, y empezó á leer *I fierro de Dante*.

Admirado es una vez de ingenio de aquella fantasía tan grande de inmortal poeta, cuando el imprudente Mo feo me atrajo entre sus uñas.

El libro rodó, incliné la cabeza y cerré los ojos.

A í e taba, cuando de improviso se presentaron dos fantasmas, me asustaron con yo no sé qué cosa de un gúento y se fueron precipitadamente.

Después no ví más que á mi familia á mi alrededor, la cual exhalaba grandes quijidos y vertía muchas lágrimas.

Me encerraron en una cja. Me llevaron al campo y entre cipreses y flores me enterraron.

¿Qué obscuridad tan grande reinaba en aquel recinto!

De súbito se abrió un hueco en la fosa y descendí por él.

—Sin duda—decía yo—voy á recorrer el trayecto que anduvo Dante en compañía de Virgilio.

Descendí mucho, mucho; y luego me encontré en una explanada bastante dilatada.

Halábame allí perplejo, cuando de improviso veo á mi lado un caballero vestido de ministro. El cual me dijo:

—Oh tú grande hombre, que te atreves á bajar aquí desdeñando las patrañas que inventan por allá arriba, ven conmigo, que mi Señor te espera!

Seguíle, y ¡cuál se ía mi sorpresa cuando no encontraba á los demonios que dicen que allí existen, ni los lagos de pez y ríes de sangre hirviendo, ni las pesadas capas de plomo, ni tantas otras cosas que el poeta nos cuenta!

Había ya andado un gran trecho, cuando ví que unos cuerpos gaseosos, así como vapores que vagaban por el espacio, se unían á mi alrededor.

—¿Qué es esto?—pregunté á mi guía.

—Estas son las almas de algunos amigos tuyos que te están saludando.

—Dime tú, ¿por qué no te encuentras en igual estado de vapor?

Aquí llegaba cuando, con hartío sentimiento, desperté y ví á mi vera leyendo mi libro á un clérigo amigo mío.

—Dígame usted, padre, —le dije—si las almas son invisibles y no son de materia, ¿cómo es eso que en el infierno de que usted tanto nos habla, les dan martirios que únicamente la materia puede sentir?

—No desbarres, hijo, no desbarres. ¿Y

el martirio de estar siempre privado de ver á Dios?

—Padre ¿y usted lo ve ahora?

—Yo no.

—¿Y está usted martirizado?

No me contestó.

Volvió á seguir leyendo y yo volví á entregarme en brazos del sueño á ver si continuaba el interrumpido camino.

Lo cual que no fué así.

Prueba difícil

Los curas cobran por trasladar almas del Purgatorio.

Suponiendo que el Purgatorio y el Cielo existan ¿cómo prueban que se ha verificado la traslación? Y no probándola ¿tienen derecho á cobrar nada por ese servicio? No, mas hay que creerlos bajo su palabra.

Acuda usted á los tribunales en demanda de justicia contra cualquiera que haya dejado de cumplirle cláusulas de un contrato, y se la harán cumplida. Pero acuda demandando á un cura por no haberle demostrado que ha cumplido lo que ofreció por cuanto vos contribuísteis, de trasladar al cielo un alma del Purgatorio, y es muy posible que dé usted con sus huesos en la cárcel.

Para evitar dudas y disgustos, sólo hay un medio: abstenerse de dar un ochavo á los despreciadores de bienes terrenales.

Bibliografía

Villavieja—Novela de Ciges Aparicio. Un elegante volumen encuadernado en rústica con artística cubierta á dos tintas, por Penagos, editado por J. Ratés. Precio tres pesetas.

Es este libro una preciosa é interesante novela como se van escribiendo pocas, pues sin usar de tesis complicadas ni caer en chocarrerías filosóficas ó en notas subidas de color, nos presenta un bien en tonado cuadro de costumbres que en muchas ocasiones hemos visto vivir y de que á diario tenemos noticia.

Muchas de las escenas narradas pudieran tenerse como verídico suceso y acaso alguna fué realidad en la *Villavieja* que todos conocemos, y el acierto de coincidir con el pensamiento del lector aviva su curiosidad y la sostiene hasta el final de la obra.

No hemos de hablar de su mérito literario, pues no tratamos de descubrir á Ciges Aparicio, de obra conocida y siempre justamente alabado. Sólo hemos de decir en elogio suyo que es un libro de los que todavía merecen leerse.

Trazas del amor.—Novela de Julio Ceja dor. Un tomo con elegante cubierta tricolor, editado por J. Ratés con mucho esmero, y ofreciendo la novedad de haber impreso á dos tintas todos sus capítulos. Precio tres pesetas cincuenta céntimos.

La diversidad de asuntos tratados por el eminente lingüista y sabio catedrático de la Universidad Central ha dado motivo constante para que en todos ellos brille por igual la elegancia de su fácil pluma, y ya en el estudio erudito y autorizado de

filología, ya en la desenfadada y punzante crítica literaria ó en la novela de difícil trama y complicada definición psicológica triunfa con la misma sencillez, habitual e los ingenios privilegiados.

Y la última novela publicada, respondiendo á lo que en este autor es tradicional, ofrece al lector todos los floreos del lenguaje en que es inimitable maestro y el interés de una tesis expuesta con acierto y desarrollada con este, aunque esta novela no pueda considerarse definitiva, no por escasez de mérito sino porque tratándose de tal pluma, lo mejor es lo último que publica.

De venta en las principales librerías, y en casa del Editor, Plaza de San Javier núm. 6, Madrid.

El poeta francés Malherbe, invitado á comer por un obispo amigo suyo, se durmió al concluir, como acostumbraba.

Al poco rato el prelado, que iba á trasladarse á la iglesia para pronunciar un sermón en una novena, sacudió al poeta para pedirle que fue re con él.

—Gracias, Monseñor, exclamó Malherbe; puedo dormir muy bien sin eso.

¡Oh témpora!

Los que tenemos verdadero amor á la religión de nuestros abuelos, los que quisiéramos que cada casa fuera un convento y cada convento un verdadero nido de siervos del Señor, repleto de ellos hasta donde lo permitiese su evangélica grosura, no podemos menos de deplorar el estado de decadencia relativa en que se hallan las órdenes monásticas en esta segunda época de su instalación, y los innumerables ataques de que son víctimas esos mansos corderos, cuyo único delito es trabajar sin descanso por la salvación de las almas.

¡Ay! pasaron aquellos felices tiempos en que ser fraile era todo lo que había que ser. Entonces alegraba el alma el espectáculo de aquellos hermosos escuadrones de la fe, que servían de escolta para llevar á la hoguera á los impíos herejes que no querían reposar en el seno de la Iglesia.

Entonces un fraile era un verdadero fraile, gordo, sucio, tabacoso y eruptante, con una abundante despensa á su disposición, una hermosa cientela de ricas devotas y lindas penitentas, con ancho campo y entrada en todas partes, rico, respetado, querido, mimado por los grandes y los pequeños, verdadero bienaventurado en este miserable valle de lágrimas; bienaventuranza, paz, prosperidad y riqueza con que premiaba Dios por adelantado la abnegación con que despreciaban los bienes terrestres sacrificándolo todo á

la mayor gloria suya y bien de las almas.

Pero ahora, ¿qué es un fraile, qué representa un fraile, qué pinta un fraile?

Es decir, pintar sí que pinta, y si no pinta come, que es lo único que estos pobres de ahora no tienen que envidiar mucho á los de entonces.

¡Pero en cambio, cuántas amarguras tienen que devorar en silencio! ¡Presenciar el establecimiento de escuelas laicas, sentinas de corrupción; la apertura de círculos librepensadores; la publicación de periódicos ateos y corrompidos; ver que va más gente al teatro que á la novena, más chiquillos (y chiquillas) á la escuela que á los conventos; que se leen muchos periódicos y pocas vidas de santos, que se dan limosnas á los pobres más bien que á los frailes, esto es más doloroso de lo que humanamente puede sufrir un humilde reverendo!

Ello, sí, es verdad; algo se repela; aún cae algún que otro tonto á quien sacarle la mosca; aún hay buenas almas que se dejan dirigir espiritualmente y se saben desprender de algunos miserables ochavos para los siervos de Dios; aún quedan devotas, aunque algo recelosas y escamonas; pero se puede ir viviendo por este lado.

Si la cosa tuviera visos de duración, aún merecía la pena de dedicarse al servicio divino por esa vía; pero nada, nada; esto se va á la carrera, no merece la pena de colgarse los hábitos para tenérselos que arremangar el día menos pensado para apretar á correr.

Lloremos, lloremos y pidamos á Dios haga un verdadero milagro y mande fuego del cielo para abrasar á cuantos hacen la guerra á los frailes, y que vuelva el mundo á aquel hermoso estado de principios del siglo pasado.

Con lo demás no vamos á ninguna parte, y va á ser cosa de dejar la carrera.

UN EXCLAUSTRADO

A ESTILO GATUNO

Emigró á América el marido de una mujer muy guapa, vecino de Morano-Calabro (Italia).

Compadecido un sacerdote que vivía al lado de la triste soledad en que quedaba, ensayó varios medios de amenizársela, sin resultado alguno.

Una noche se le ocurrió trasladarse desde el tejado de su casa al de su vecina, y levantar unas tejas para sorprenderla mientras dormía.

La señora despertó, vió el bulto negro, y como era muy religiosa, creyó que sería el diablo en persona el que trataba de entrar en su vivienda con el nefando proyecto de ten-

tarla; pidió auxilio á gritos, acudieron varios vecinos, reconocieron al cura, avisaron á la policía, y hoy el tonsurado llora en la cárcel el error de haber creído que podía imitar á los gatos en asuntos amorosos.

Acompañémosle en su duelo.

El buen pastor

I

—Anda, Ramona, anda; tráete la bolsa de los avios, que se hace tarde, y si llevo después de las ocho va á cogermela delantera el zampabollos de D. Rufo y tengo que esperar dos horas para decir misa.

—Cuidadito con el sol.

—Descuida, ya me taparé.

—Y á ver si vuelve usted pronto para tomar el chocolatito.

—En seguida... ¡Ah! No te olvides de mandar por el vino; ya sabes; calle de la Sierpe, y que digan que van de mi parte. ¡Verás qué vino! ¡Cosa superior! Mandas la bota de las dos arrobas, pero que la laven bien antes, muy bien lavada, ¿entiendes? para que no se pique... Ea, abur, trastuela...

—¿Qué cosas tiene usted!

II

—Santos y buenos días, mi señor don Rufo. ¡Carambita y cómo se madruga!

—Haber venido antes.

—No, si no lo digo por eso. Precisamente á mí lo mismo me da minuto más que minuto menos.

—Ya, ya, ¿cree usted que no me ha dicho Restituto, el monago, las maldiciones que usted me lanza cuando le tomo á usted la delantera?

—¡Jesús, María y José! Es cuanto me queda que oír... Ven acá tú, bribonazo. ¿He dicho yo algo de don Rufo? (Llevándole aparte.) ¡Ingrato! ¿Es así como me agradeces el duro que te di á ganar cuando se murió la mujer del guarnicionero?

—Pero si yo...

—Anda, despáchate, que eres un desagradecido; saca de la bolsa los avios, que te voy á poner las orejas como dos pimientos morrones. ¡Descaradote! ¡Chismoso!

—No le haga usted caso á don Rufo; es que le tiene á usted rabia, y sólo por incomodarle se planta aquí á las siete, y lo primero que hace es preguntar si ha venido usted, y siempre está metiendo cuentos... ¡Mecachis!

—A callar. (Transición.) ¿Hay algo hoy?

—Sí, señor, un bautizo.

—¿De primera?

—¡Cal! De quinta.

—¿De quinta? Siempre me tocan á mí estas gangas... ¿Qué tal aspecto tiene el padrino?

—¡Pchs! Es chato.

—¿Chato? Verás como me fastidia.

—Debe ser militar, porque gasta un genio...

—Vamos, será de esos que no pasan de la tarifa y aún les parece caro... Anda, despáchate, que tengo mucha debilidad, y mete la cabeza en el templo á ver en qué está don Rufo.

—Está en el Santo, Santo...

—Verás como me tiene aquí una hora de plantón, sólo para aburrirme. No sé cómo hay devotos que le den trabajo á ese hombre.

—Pues ahora le han salido cincuenta misas de una difunta.

—¡Cincuenta palos le daría yo! Ya se ve: si todos fuéramos intrigantes como es él... Así está de gordo, que hay que meterle en el confesonario con calzador.

—Ya viene.

—¡Acabáramos! Anda, coge las vinajeras y á ver si despachamos pronto, porque me estoy cayendo de debilidad.

III

—Ramona, tráeme una copita y unos bizcochos; anda deprisa, que tengo que ir á casa de don Remigio á ver si se ha muerto ó qué hace.

—¡Pobrecillo! Ya lleva días así, desde Marzo. ¡Por fuerza! Se fué á San Ildefonso á las cinco de la mañana, sin nada dentro, y se confesó y se puso á oír misas y misas; después tuvo que ir al juzgado á desahuciar á un aloñil que le debía mes y medio de alquileres, y cuando quiso recordar, ya no le admiraba nada el estómago.

—Y es bueno como el pan.

—¿Que si es bueno? Un hombre que no se ha querido casar por no meterse con nadie, y que vive en el templo del Señor como quien dice. Si salía, era á sus embargos y sus préstamos y pare usted de contar. Me parece que le estoy viendo vestido de Nazareno el viernes santo por la tarde; no le faltaban más que las heridas para parecer un Nuestro Señor Jesucristo en carne mortal... ¡Ay, Ramona, lo que somos!... Trae otra copita y ten bien lavada la bota para que no se avinagre. Abur, picaruela...

IV

—¿Ya está usted de vuelta?

—Sí, hija. Traigo una debilidad...

—¿Y qué tal?

—Nada; lo mismo. Cuando entré le habían dado un pollo con tomate y se lo comió entero; pero al poco rato ya estaba el pollo otra vez en este mundo. ¡Me dió una lástima!

—¿Ya lo creo; un señor tan santo!

—No; si hablo del pollo. ¿Qué tengo yo?

—No le noto á usted nada.

—¿Qué tengo para comer? es lo que te pregunto.

—Ternera con salsa, espárragos...

—¡Hombre! Me alegro.

—Jamón con guisantes...

—Bien; ¿has traído el vino de la calle de la Sierpe?

—Sí, señor. ¡Vaya un vino!

—¡Oh! ¡lo que es eso!... Anda, que saquen la comida... A las dos tengo un bautizo de quinta.

—¿De quinta! ¡Qué miseria! ¡Bautizo como el de la gobernadora cesante de la calle del Olivar!...

—Aquello si que era comer. El chocolate lo servían en vasos de medio cuartillo. ¡Y qué bandejas de bizcochos! En fin, yo me puse malo. De esos caen pocos; por supuesto, yo tengo la aprensión de que cada día nacen menos chiquillos decentes.

—Será con la sequía.

—Pues hija, llover bien llueve.

V

—Ramona, ¿ha venido alguien?

—Sí, señor, ¿no sabe usted lo que pasa? Que D. Remigio está en los últimos.

—¿En qué últimos?

—En los últimos momentos. Han venido á avisarle á usted.

—¿Qué desgracia! Pues anda, hija, anda; di que saquen la cena, porque allí con el disgusto no estarán para nada, y ni cena habrán puesto. ¡Pobre D. Remigio! ¡Un hombre tan religioso, tan rico y tan inocente!... ¿Qué es esto? ¿Alcachofa? Me gustan. Yo cuando vi que no se quedaba con el pollo dentro, al instante dije... Echa vino... Por supuesto, habrá mandado que los funerales sean de primera... ¿Y esto? ¡Hombre! Chuleta rebozada, ¡y huele bien! ¡Lo que somos, Ramona! No sé si me quedará tiempo para ir á jugar mi tresillo á casa de D. Nicomedes... Si D. Remigio tarda en morirse, me fastidia. ¿Tienes seguridad de que estaba en los últimos momentos? Porque hay muertos que engañan... Echa vino... ¡Ay, que vida ésta! Sólo Dios es infinito... ¿Qué hay de postre?

LUIS TABOADA

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta

Leyendo Cánones

(CONTINUACIÓN)

curas y los frailes que pedían permiso para asistir á sus parientes, y resultaba luego que habían ido á faltar á todos los cánones que preceptuaban la continencia. Lo de hacerlos acompañar por personas de edad que no los perdieran de vista, indica que no se fiaban de los jóvenes: pudieran éstos llamarse á la parte, y hacer la vista gorda.

CONCILIO DE EPAONA *Epaonense*, año de 517.

El 4.º «prohíbeá los Obispos, á los Sacerdotes y á los Diáconos el criar perros ó aves de caza, só pena de tres meses de excomunion al Obispo, de dos meses al Sacerdote, y de un mes al Diácono.»

Convengamos en que el ser por aquellos tiempos obispo ó sacerdote era menos aburrido que hoy: mujeres á tutipén, borracheras á menudo, comilonas con judíos, banquetes en las tabernas, viajes en carros con vírgenes, hacer juegos de manos, cantar en las bodas... No, no era profesión triste la de clérigo.

El 20 «prohíbe á los Obispos, Sacerdotes, Diáconos, y á todos los demás Clérigos el ir á visitar mugeres á horas desusadas; añadiendo que si hay necesidad de ir las á ver, podrán ejecutarlo yendo acompañados de otros Clérigos.»

A pesar de ser varones de acreditada ciencia y saber los que formaban los Concilios, á lo mejor incurrían en inexplicables candideces. ¿No comprendían que si los clérigos acompañantes eran de la misma cuerda que los visitantes, les sería fácil entenderse y apelar al socorrido argumento de «hoy por ti, y por mí mañana»? Los dominados por una pasión idéntica se prestan siempre mutua ayuda.

CONCILIO DE CLERMONT, en Auvernia, *Claromontanum*, año de 535.

El 10 «prohíbe á los Obispos el apoderarse de las Parroquias de sus colegas.»

Disputarse los fieles dinerosos, esto lo hacen hoy, como lo hicieron siempre, las Ordenes religiosas: los jesuitas son en esto una verdadera especialidad. ¿Pero apoderarse de parroquias ajenas? Nunca lo hubiera creído á no verlo aseverado en las actas de un Concilio.

TERCER CONCILIO DE ORLEANS, *Aurellanense*, año de 538.

El 8.º «dispone se deponga á los

Clérigos convencidos de robo ó de falsedad; pero que no se les prive de la comunión.»

¿Ladrones? ¿Falsarios? ¡Ay de aquel que hoy aplicara esos dictados poco honrosos á los clérigos que lo merecieran! Daría de cabeza en un presidio. Esto es una nueva prueba de que no se engañan del todo los que dicen que la Humanidad no progresa en el orden moral. Lo que podían decir hace catorce siglos los Concilios, no pueden repetirlo en este los ciudadanos honrados.

CUARTO CONCILIO DE ORLEANS, año de 541.

El 17 «prohíbe á los Sacerdotes y Diáconos casados tener una misma cama y cuarto con sus mugeres.»

Si se trataba sólo de cubrir las apariencias, pareceme de perlas este cánón; mas si de evitar desperfectos á la castidad, lo creo deficiente. Casi todos los fieles casados de regular posición duermen en habitaciones distintas, y, no obstante, de vez en cuando viene un fruto de bendición á llenar de encanto y de alegría el religioso hogar, y á probar que la separación de cama y habitación no es un obstáculo insuperable.

CONCILIO DE LÉRIDA en España, año de 546.

El 11 ordena que el Obispo castigue á «los Clérigos que hayan venido á las manos, de un modo proporcionado á la dignidad de ellos.»

Mucho deberían menudear las sacras pelotas, cuando los Concilios se creyeron obligados á legislar para impedir este procedimiento que puso en moda Caín.

CONCILIO DE PARÍS, año de 557.

El 3.º «se dirige contra los Obispos que quieran usurpar ó hagan usurpor los bienes ajenos con pretexto de concesión del Rey.»

Aquellos prelados que se hacían donar por los reyes los bienes de cualquiera, y después los usurpaban á sus legítimos dueños, tenían de la propiedad la misma idea que tuvieron más tarde los *Niños de Eciña*, sólo que éstos encargaban á sus redactores y á sus trabucos el solicitar la donación. El móvil era igual, aunque diferente el procedimiento.

CONCILIO DE TOURS, *Turonense*, año de 566 ó 567.

El 12 «expresa que el Obispo que está casado debe vivir con su muger como si fuera hermana suya; y que sus Clérigos, para que puedan ser testigos de su castidad, deben estar siempre presentes con él.»

Se fiaban de los Obispos, pero lo rodeaban de centinelas, por si acaso. El papel de los clérigos no me propuso á considerarlo airoso, so-

bre todo si no se apartaban ni de día ni de noche de la morada episcopal para poder ser testigos de su castidad. De noche sobre todo.

El 13 «dispone que el Obispo no casado no debe tener en casa mugeres, y que si las tiene, será lícito á los Clérigos apartarlas de ella. En este cánón se llama *Episcopa* la muger de un Obispo.»

Recuerdo que mandando los conservadores allá por el 84 y 85, denunciaron un número de EL MOTIN por haber llamado yo *presbítera* al ama de un clérigo. Si llego á saber entonces esto de la *episcopa*, hubiera hecho blanco de mis bromas al fiscal. La autorización dada á los clérigos para que echaran á las mujeres de la casa del obispo, se parecía algo á la ocupación de los monagos de hoy, que echan á los perros de las iglesias.

El 14 «prescribe que los Sacerdotes y Monges duerman siempre solos; y que los Monges duerman en un dormitorio comun, baxo de la inspección, sea del Abad, sea del Preósito.»

Este cánón me ha sumido en un
(Continuará).

Ruego atendido

Recibo á menudo excitaciones de varios lectores, para que aumente á dos planas ó más la reproducción de los trabajos de aquel humorista sin igual, cuyo peregrino ingenio y cultura sólida encantaron á la generación que hizo la revolución de Septiembre; á la que contribuyó en gran parte; de aquel ameno al par que correcto escritor cuya sátira sana y delicada contribuyó tan poderosamente á limpiar de telarañas dogmáticas los cerebros de sus contemporáneos; de aquel Roberto Robert, en fin, cuyos libros deberían estar en la biblioteca de todos los que alardean de liberales, demócratas y republicanos, tanto para solazarse con ellos, como para aprender.

Y yo me decido á complacer á esos lectores con tanto mayor gusto, cuanto que mi objeto al reproducir los escritos de Robert, es recordar á España que tuvo un humorista cual no lo hubo de su corte el siglo pasado en ninguna literatura europea, y cuyas obras serán seguramente ensalzadas y difundidas cuanto pase esta racha de fanatismo mercantil que se ha apoderado de la patria de Mendizábal.

Desde este número, pues, comienzo á dar dos páginas de las obras de Robert, para ver si puedo dejarlas todas honrando y avalorando las columnas de EL MOTIN.

LOS JUDÍOS

POR

ROBERTO ROBERT

dosos, pero indiscretos, como lo prueban las leyes que se hubieron de dar prohibiéndolos en toda la cristiandad; porque en toda la cristiandad solía suceder lo mismo á la celebración de la Pascua, cuando los judíos comían y los plebeyos cristianos que hasta tenían prohibido aceptar de ellos los despojos de las reses, se veían obligados á contemplar en ayunas á la impiedad nutriéndose.

Y tan frecuentes fueron las matanzas de los judíos, que los Papas tuvieron que decir más de una vez entre cariñosos y enojados á los cristianos:

—No tanto, no tanto, piadoso y travieso pueblo; deja algunos vivos, ó de lo contrario me descabalas los libros santos y tendré que poner un vivero de israelitas para no dejar en compromiso las profecías, que se han de cumplir al fin de los siglos sin falta.

El rey D. Alonso el *Sabio* no siguió en esta materia las huellas de sus gloriosos predecesores, y en ciertas cosas trató á los judíos de sus reinos como si no hubieran matado á Dios.

No se sabe á dónde habría llegado su debilidad para con ellos, si la Iglesia no lo hubiera atado corto; y si bien es verdad que les hizo beneficios inmerecidos, también es cierto que para demostrar á los fieles que no corría peligro de olvidar sus obligaciones de buen cristiano, cedió á la catedral de Sevilla el dulce privilegio de cobrar el tributo de treinta dineros de cada judío que hubiera en su circunscripción, derecho que ya tenían las demás iglesias.

Setenta y tres juderías se contaban entonces en los reinos de Castilla y unos 900.000 judíos en ellas, que según cuentan en un documento con mucha oportunidad citado por el Sr. Amador de los Ríos, pagaban á los cabildos y prelados la suma de 25.648.500 dineros.

Por donde se ve que si bien aquellos hijos de Israel eran muy odiosos, valía la pena de dejar á algunos sus breves vidas, no sólo porque se cumpliesen las profecías, sino porque tuvieran ingresos de alguna consideración nuestros sacerdotes,

y las arcas contra las cuales pudieran girar el descubierto á todas horas nuestros soberanos.

Por el documento á que me refiero, y aunque repugne á mi corazón religioso el ocuparme de viles intereses materiales, he visto que las juderías pagaban la citada cantidad en las proporciones siguientes:

	Marcos.
Dieciseis juderías del arzobispado de Toledo	
Tra Sierra	1.062,902
Tres del obispado de Cuenca.. . . .	146,069
Nueve del de Palencia. . .	312,413
Doce del de Burgos . . .	209,432
Diez del de Calahorra. . .	124,792
Siete del de Osma.	96,863
Varias del de Plasencia . .	26,791
Siete del de Sigüenza. . .	138,401
Seis del de Segovia . . .	56,652
Siete del de Avila.	173,268
Seis del de Murcia.	432,712

Tuvieron en aquellos tiempos algunas leves desavenencias entre sí los señores, y los bribones judíos siempre ayudaban á aquel debajo de cuyo poder caían, cosa que escandaliza á los escritores cristianos; y aún hicieron cosa de más escándalo, como fué dejar de pagar algunas veces al obispo de Segovia el tributo de los treinta dineros anuales por cabeza, *«por razón de la remembranza de la muerte de N. S. Jesucristo, cuando los judíos le pusieron en la cruz.»*

Sin duda ellos en su locura habían creído que pasados más de mil trescientos años, nadie se iba á acordar de pedir los dineros. ¡Necios! ¡como si para eso no hubiera obispos! No lo digo por los dineros, sino por la remembranza.

Con su conducta se hacían tan aborrecibles, que se les prohibió ponerse nombres cristianos.

Y yo habría hecho lo mismo, sólo por el desprecio que hacían del cerdo, que al fin y al cabo fué el único animal que pudo tener relaciones continuas con el glorioso San Antón.

Isaac Cardoso, doctor judío, emite el concepto que tiene formado del cerdo.

Cópiale un autor contemporáneo que trata extensamente de la materia que nos ocupa, y nos parece bien copiarle á nuestra vez para mejor inteligencia del que leyere.

«Es el cerdo, dice, animal sordi-

do, humilísimo y torpísimo, criador y morador de la inmundicia: su recreación es el lodo y su vida la suciedad: no puede sufrir el olor de la rosa ni otras flores suaves, habituado á los pravos é inmundos olores. Animal gruñidor y clamoroso, la vista siempre baja, *que nunca mira al cielo*, sino cuando le vuelven boca arriba; que entonces, estúpido, se enmudece, temiendo el peligro que la amenaza con la muerte.»

Francamente; es lícito hablar así de un cuadrúpedo sin el cual no nos sería posible reconocer la imagen de San Antón?

Y sino, á la prueba.

Pintad bien un San Antón, y nadie caerá en la cuenta de que sea tal santo.

Pero pintadle mal, y como le pongáis un cerdo al lado, todo cristiano reconocerá que el compañero es un San Antón pintiparado.

Por cuya razón...

¿Pero á qué andar con razones si es bobada?

Sigo la historia.

El rey Alfonso XI tomó por consejero á un judío y tuvo que echarle de su lado; el rey D. Pedro, su hijo, nombró por tesorero á un judío y hubo de darle tormento, y á todos los del reino, por malos, les hizo pagar veinte mil doblas de oro, que les fueron sacadas por medio de la confiscación, el potro, la sed y el hambre.

Cuando D. Enrique combatía con la ayuda de Dios á su hermano don Pedro, el espíritu de los enriqueistas se mostró tan cristiano, que en Toledo hizo una función de saqueo y matanza, en la que perecieron doce mil de aquellos infelices, y tras aquella fiesta se desperdició en otros muchos pueblos el deseo de imitarla.

Aquella matanza fué breve y los objetos robados no tanto como podrían suponer algunos enemigos del catolicismo.

La prueba de que no fueron muchos los muertos ni muy rico el fruto de la conquista, es que al muy poco tiempo, el 6 de Junio del mismo año, volvió á exaltarse el celo religioso de nuestros antepasados, y en la misma población degollaron, quemaron y despedazaron á gran número de judíos, y penetrando en sus casas las dejaron sin joyas ni utensilios que valieran un ardite; cosa que no hubieran podido hacer si en el motín anterior los hubieran muerto y robado á todos.

En medio de la religiosa muchedumbre que vengando las celestes ofensas daba aquellos días de gloria á la patria, se distinguía por su activo celo el arcediano Hernando Martínez, escitando á los tibios, animando á los pusilánimes, aplaudiendo á los valerosos; que no hay gloria de aquellos tiempos á que no vaya enlazado el nombre de algún santo eclesiástico.

* *

La justicia del rey quiso castigar á los autores del suceso, pero la Providencia no permitió que fueran descubiertos, y ni el mismo arcediano, á quien correspondía la iniciativa, y que tan activa parte tomara en la fiesta, padeció el menor daño.

A no ser por la especial protección del cielo, la justicia del rey habría dejado caer su espada sobre los más ardientes defensores de la fe católica; porque en aquellos tiempos la justicia era una verdad y nadie escapaba á sus fallos, nadie: ni el pobre ni el poderoso...

Pues como digo, no les sucedió nada.

* *

Pero á pesar de ver que el Señor permitía aquellos justos desahogos del pueblo, y que ninguno de los que tomaban parte en ellos tenía que llevar castigo alguno, ¿creerán ustedes que ni uno solo de aquellos empedernidos judíos fué capaz de decir: me gusta el tocino?

* *

Ellos eran testarudos, pero nuestro pueblo tenía una fe inquebrantable en los sagrados dogmas.

La noticia de lo ocurrido fué cundiendo por España toda. La gente de aquel tiempo, que se nos quiere pintar como muy atrasada, tenía un sentido recto y verdaderamente positivo en la acepción más noble de la palabra, y discurrió así:

«¿Los judíos son ricos, y á los que les roban y asesinan no se les castiga? Luego demostrado está que Jesús fué nuestro Salvador, nacido de la Virgen María.»

Poseídas de esta verdad, se alzaron en 1392 las cristianas muchedumbres de Burgos, de Valencia, de Córdoba y de Toledo.

El doctor Lozano dice:

«Andaba en cada una de estas partes tan amotinado y desmandado el pueblo, tan golosa la codicia, tan acreditada la voz del predicador (Hernando Martínez) de que con buena conciencia podían robar y matar á aquellas gentes, que sin respeto ni temor de jueces ni ministros, saqueaban y mataban que era pasmo.»

Eso de que robaban sin respeto ni temor, no lo creo del todo; mi humilde parecer es que siendo cris-

tianos católicos, robarían con el debido acatamiento á su Divina Majestad.

Con respecto al temor, el recuerdo de Sevilla debía tranquilizarles, y quizá una voz misteriosa de lo alto les prometía que no serían castigados, como así sucedió en efecto, pues á ninguna de las muchísimas justicias que entonces se usaban se le ocurrió castigar como delito lo que en resumen no era sino las más refulgente prueba de la religiosidad más acendrada.

* *

Y si tan penetrados de verdades religiosas se mostraban los pobladores de Castilla, Valencia, y Andalucía, no les fueron en zaga los de Aragón y Cataluña.

En todas partes se vió la más admirable competencia en honrar el nombre del Señor.

En 1391 celebró la ciudad de Barcelona con gran pompa y solemnidad la fiesta de Santo Domingo.

La propiedad y la magnificencia del arte excitaron, según está convenido, los más puros sentimientos.

Los buenos vecinos pasaron la noche en continuas y profundas meditaciones sobre la inmortalidad del alma y los siete candeleros; y de tal modo quedaron penetrados de la consustanciabilidad, de la trinidad y de la supremacía absoluta del jamón, que no pudiendo ya aguantar más se echaron á la calle pidiendo con piadosas voces judíos para matarlos.

Con cristiana paciencia esperaron que las autoridades católicas se sirvieran proporcionarles la cantidad de judíos suficiente para dejar probada su fe; pero viendo que la justicia no asomaba, y deseosos de evitar toda molestia á los magistrados, asaltaron las casas de sus enemigos, y allí, á cuchillada limpia, á garrotazo seco y como Dios les daba á entender, hicieron un grandioso jigote en que se recreaban evangélicamente los ojos de los fieles.

* *

Al propio tiempo quitaban de las casas de los judíos toda prenda de algún valor, y lo que no podían llevarse lo destruían, y con el fruto de su conquista iban á comer butifarra y judías con lomo, exclamando: «Vuelve hacia mí, Señor de las alturas, tus ojos de inefable misericordia; y mira si te adora rendido mi corazón, que para ensalzar tu gloria, comeré unas magras.»

* *

Cuando ya en la calle principal estaba hecha esa matanza y ese despojo, que bien podemos llamar función de desagravios, apareció la justicia, que Dios no había permitido que

madrugase, y sin duda todavía soñolienta, prendió á algunos de los que acababan de castigar á los judíos.

Pero el pueblo que en aquellos tiempos era tan docil y sumiso y tanto respetaba á las autoridades cuando se trataba de cosas de la tierra, no quiso consentir que impidieran aquellas tan tardíamente los homenajes tributados al cielo, y arremetió con soldados y ministros y los deshizo, y picado en su cebo, quiso proseguir en su obra y comenzó dando vivas á Jesús y mueras á sus enemigos.

Quisieron estos escapar, mas fué imposible, y trescientos cadáveres fueron prenda de unión entre el divino Jesús y su pueblo, que en el matar y robar estuvo también divino.

* *

En momentos semejantes era cuando comprendían los judíos las verdades eternas del catolicismo y pedían bautismo á toda prisa, y saliéndose de la falsa secta de los atropellados, ingresaban en la comunión de los triunfantes; pero algunos lo hacían fingidamente y por especulación.

Había hombre que con el mayor descaro juraba creer en todos los misterios sacrosantos; pero en acercándole á las narices un pedazo de tocino, quedaba descubierta su falta de creencias, porque la invencible repugnancia le obligaba á volver el rostro, y si era muy descreído, á vomitar.

Con lo cual, descubierto su engaño, llevaba primero una paliza improvisada, sin arte, pero enérgica y contundente, y después era entregado á la justicia para su merecido castigo.

* *

Así como Ecija tuvo el celoso arcediano Martínez, Navarra tuvo su fray Pedro Olligoyen, pues la Providencia miró siempre á España con igual cariño, ya se tratase de los fieles del Mediodía, ya de los del Norte.

En 1329 fueron diez mil las almas judías enviadas al infierno por los católicos navarros.

En Estella, en Funes, en San Adrián, en Pamplona, en Cortes, en Buñel, en Ablitas, en Fontellas, en Monteagudo, en Cascante, en Cintruénigo, en Fustañana, en Cabanillas, en Corella, se hizo tan fácil y habitual la matanza de judíos, que sus mismos pescuezos se iban al cuchillo sagrado.

* *

El pueblo cristiano, devoto, cre
(Continuará)

IMPRENTA ARTISTICA DE SAEZ, HERMANOS,
MONSERRAT. 7.—MADRID.